

QUINTERO O EL VÉRTIGO DE LA LECTURA

Ajuste de cuentas con el cuento

Iñaki URDANIBIA

El venezolano Ednodio Quintero es un guerrero de ficciones, un hábil fingidor de sueños, mas los finge tan bien –como si reales fueran– que quien se acerque a su libro se verá abducido por la capacidad del escritor. Se hallará como desubicado, sin claras sujeciones de espacio y tiempo, pues la nebulosa va invadiendo la onírica escena desde el inicio de sus pegajosos relatos. Con la fuerza de un irresistible torbellino, nos engulle haciéndonos entrar en el centro donde se cuecen el delirio, las alucinaciones y los sueños, mezclados con una hiperrealidad propia de un Empédocles, y me refiero a los cuatro elementos que, según el griego, formaban nuestro mundo. Transportados fuera del surco (que no otra cosa es el significado de “delirio”, *de-lirium* = fuera del surco), somos arrastrados a la lucha, al temor de ella, y al enemigo, a ese que aun no viéndolo está siempre al acecho; y no diría que somos convertidos en simples y ansiosos *voyeurs* –sería poco–, sino en verdaderos protagonistas de la agonía (*agón* en griego significa lucha); somos contagiados por la desazón que nos produce la tensión latente y las continuas metamorfosis a que se ven llevados los protagonistas que llegan a devenir animal, planta y lo que sea menester...; y seremos invadidos por los olores y los sabores en una fiesta de lo sentidos. Será irremediable, sin posibilidad de escapar, pues quien entre en la complejidad de la narración quinteriana, no tendrá esca-

patoria ante el torrente de sensaciones que le salpicarán hasta sumergirlo; como en el pórtico del infierno dantesco, avisados estamos: quien allá entre, *lasciare ogni speranza*. Por cierto, en su novela “Mariana y los comanches” uno de los personajes decía que el infierno es la repetición, pues bien el lector no saldrá indemne de esta exploración.

Recuerdo que David Hume venía a definir al sujeto como un «haz de percepciones»; aquí, *malgré nous*, somos invadidos por ellas, en tromba, en remolino agitado, en una espiral que no cesa de ampliarse sobre la marcha de lo narrado... bosques, reptiles, nieblas; y allá: luchas, encuentros, la peste, y seres misteriosos o extraños para depende qué tiempos (vagabundeantes gitanos, cruzados, clérigos...), entre un cierto aire medieval y escenas urbanas más propias de nuestro hoy... sin evitar la siempre presente selva y sus acechantes peligros.

Y si mentaba al filósofo escocés en el torbellino circular y laberíntico en el que somos aprehendidos, por momentos me parece más apropiado relacionarlo con el Descartes complementado por el giro freudo-lacaniano que hace que el clarividente *cogito* (pienso, luego soy) se torne en “pienso donde no soy” (allá donde no estoy) volviendo del lugar en el que jamás he estado (en paz, Samuel Beckett), y así, por momentos –casi siempre, sería más justo decir– los personajes de Quintero están enredados en unas estrechas mallas que no les dejan huir, no hay rendijas, no hay huecos... En ese vacío todo es compacto ya que, por

otra parte, si alguno de ellos escapa del sueño, lo halla en la realidad de manera tan cruda o más, o hasta comprueba sueños sincronizados con los de otros... en una simbiosis que hace que el lector se sienta tentado a recurrir al rimbaidiano: yo soy un otro.

La confusión de razones, de sensaciones; los límites borrosos e intercambiables entre sueño y vigilia nos conducen ineludiblemente al clima de espejismo continuo en el que el cuerpo de mujer –bastantes de las veces– se ve como un inextricable laberinto; en el que se nos traslada en un *continuum* perpetuo a una taberna de nombre siniestro (del Ahorcado), en donde trabaremos conocimiento de una variopinta fauna... y permaneceremos zambullidos en un caos de deseo, de desesperanza, de temor hasta los bordes del mismo pánico paranoico, allá en donde anidan los recuerdos, las huellas de los antepasados y de los amores mantenidos o deseados... con un ritmo vertiginoso y sinuoso, jazzístico a lo Milles Davis. «Pasadizo sin tiempo ni lugar» –norte, sur, este y oeste– en el que los personajes se rebelan y toman un protagonismo que hace tambalearse al propio narrador, como si se quisiera hacer bueno aquello de Pirandello de unos personajes en busca de autor, o lo de la “Niebla” unamuniana, pero al por mayor.

Leer los “Combates” de Ednodio Quintero es penetrar en unos círculos esquivos, que se desplazan, y en su movimiento desplazan al lector y le contagian las voces que los protagonistas oyen en

su interior y que nos son transmitidas con fidelidad absoluta. Quintero, inagotable Sherezade que trata de espantar la muerte. Verdaderas lecciones de abismo de este cazador de palabras, uno de cuyos personajes dice, con ciertos aires wittgensteinianos («de lo que no se puede hablar, mejor es callar», con tal sorprendente afirmación cerraba su “Tractatus” el filósofo vienés), que «a estas alturas del partido, cuando ya has jugado todas tus cartas, creo que no hay nada que hacer... lo mejor es callar». Y yo me permito invitar al escritor a que no haga ni caso, y que no use tampoco las varias veces nombrada «navaja de Occam», para que así podamos seguir disfrutando de este ambiente lleno de espectros, destellos, oscuras iluminaciones, perplejidades múltiples... cercanas, por momentos, al solipsismo o al *deja vu*; sin obviar las innumerables lecciones de escritura –realizadas desde el interior de su quehacer, sobre la marcha– que el autor desliza al negro de las letras. Quintero o el vértigo de la lectura. La escritura de Quintero no adopta el modelo arbóreo sino el del rizoma, pensado por Gilles Deleuze y Félix Guattari.

Exhausto tras la lectura, me veo recorrido por una pregunta que de retórica nada tiene, aunque pueda parecerlo: ¿cómo se puede escribir así?

COMBATES

Ednodio Quintero
Candaya, 2009
336 páginas. 18 euros

Quien entre en la complejidad de la narración de Quintero no tendrá escapatoria ante el torrente de sensaciones que le invadirán

Leer «Combates» es penetrar en unos círculos esquivos, que desplazan al lector y le contagian las voces que los protagonistas oyen en su interior



Ednodio Quintero, a la izquierda, junto a Enrique Vila-matas, en la presentación de “Combates”. Lisbeth SALAS.